

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administracion que en las librerías.)
Por un mes. 4 reales.
Por tres id. 11 »
Por un año. 40 »

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Peninsula.

Pago al pedir la suscripcion. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Director: LOUIS RIVERA.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admón. . . 15 reales.
Por seis id. 28 »
Por un año. 50 »
EXTRANJERO.—Por tres meses. . . 30 »
ULTRAMAR.—Un año. 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana, -jueves y domingo.

Administracion y Redaccion, Huertas, 82, pral.

Toda suscripcion de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: FRANCISCO ORTEGO.

Crónica.

MONÓLOGO DE UN MONÁRQUICO SIN MONARCA.

«¡Cuidado si soy liberal! Yo mismo me espanto de verme. He seguido paso á paso todas las peripecias de la política, y hoy más que nunca me convenzo de que sin orden no puede haber libertad. Que no puede haber libertad, se acabó. Vamos á ver, ¿para qué sirve la libertad? Para hacer feliz al género humano, ¿eh?—¿Y el orden? Para que la libertad se consolide.

Esto no tiene vuelta de hoja. Yo he pasado mi vida entera peleando por la libertad, y como doña Isabel no marchaba por el camino de la libertad, tuve que conspirar contra ella. Hoy tengo libertad y un empleo de 30.000 rs. ¿Quiere Vd. que conspire? ¡Hombre, si hoy no defiende el orden, ¿cuándo se me ha de presentar otra ocasion?

Como buen liberal que desea el definitivo triunfo de la libertad, me he examinado por dentro y me encuentro monárquico. He tardado algun tiempo, porque yo no soy como un saco que se vacía de una vez. ¿Y por qué soy monárquico? Por conviccion pura. La monarquía es una cosa muy conocida y muy trillada. La monarquía es lo mismo que hemos tenido, á gusto de clero, nobleza y pueblo. Pues en dándole un tinte liberal, para que al pueblo le parezca algo, cate Vd. que no hay necesidad de más. Se nombra un rey, pongo por caso, y se acabó; ya no hay que quebrarse los cascos, ya hay rey para toda la vida. Que se muere, le hereda su hijo. Esto es muy cómodo, y así es como puede consolidarse la libertad, hermanada con el orden, y sin menoscabo de mis 30.000 rs. de sueldo, ¿eh?

Ahora se dice que no hay rey. Esto sí que me hace reír. ¡Que no hay rey! No me canso de decirselo á mis amigos. Están Vds. tocando el violon; porque, lo que yo digo, señor, lo que yo digo, ¿qué es lo primero? Monarquía. ¿Puede haber libertad y orden sin monarquía? Imposible. Pues bien, si tenemos monarquía, lo de ménos es el monarca. Cualquiera sirve. Vamos á ver, ¿qué ha de hacer un monarca? Cobrar su sueldo, gozar de la vita-bona, cortejar á las mujeres que le gusten, en fin, lo que haríamos todos. Y para eso, ¿quién no sirve? Yo mismo me atrevería...

Mire Vd., soy progresista, hasta dejarlo de sobra, y por lo mismo conozco que siendo el empleo de rey tan codiciado, el mejor partido seria nombrar á un rey español porque no se dijera. Pero mis compañeros opinan que debe ser extranjero, porque en España no hay príncipes de sangre más que los Borbones, y esos están mandados recoger. Verdaderamente, los Borbones son muy monárquicos, y si la monarquía es lo principal... ¡Que me confundo, señor, que me confundo! No contemos con los Borbones.

Bueno. Tenemos monarquía. Qué cosa más fácil que decir: ¿dónde hay un rey que nos guste?—En tal parte.—Pues que nos lo traigan.

Y en efecto, elegimos rey á D. Fernando, y D. Fernando no quiso la corona. Primer momento de estu-

pefacion. ¡Ah! para otra vez no nos darán mico, no dirá nadie que á un buen progresista le dan dos veces la castaña. El rey D. Fernando nos puso en ridículo, pero en otra te quiero ver. ¡Ya, ya, y tonto que es el general Prim! Mucho más ahora que tiene á su lado á los demócratas, que son de lo más despejado... Todos cobran sueldo. No le digo á Vd. más.

Otra vez que sea necesario elegir rey,—me hacia yo esta cuenta,—lo primerito será contar con la aceptación del candidato, porque otro mico como el de Portugal seria cosa de que los españoles nos echaran con unas tenazas.

Yo me fui este verano á mi pueblo, y una noche, jugando al tute con el alcalde, que por más señas es republicano, le decia:—Desengáñese Vd., que la cosa se arregla en este viaje de Prim á Paris. Todo viene ya pensado y hecho.—¿Quién será el rey?—No lo sé, pero cuando el gobierno presente uno, será cosa segura, porque Prim no es tonto, y luego, aunque Vd. nos llama cándidos á los progresistas, están ahí los demócratas.—Sí, señor, sí, me contestó el alcalde, esos demócratas han perdido á España, haciendo imposible la república y la monarquía. Se han propuesto ser ministros, ya lo son, pero no hay monarquía ni república. Sin ellos, acaso los monárquicos hubieran podido fundar la monarquía constitucional, con ellos acaso nosotros tendríamos ya república.

—Calle Vd., hombre, le dije al alcalde; calle usted, por el amor de Dios. Poquito que me gustan á mí los demócratas. Ellos no son más que unos treinta, pero no hay uno que no esté en lo firme.

¡Ah, qué recuerdo! Tenia razon mi buen amigo el alcalde republicano. La candidatura del duque de Génova, presentada por los demócratas y patrocinada por los progresistas, acaba de hundirse.

Apenas declara Olózaga en la Tertulia que será genovista, porque no diga Europa que se pone en desacuerdo con su partido, ahora precisamente que acabamos de aumentarle el sueldo de embajador, viene la noticia de que no hay tal candidatura.

Pocos pelos me quedan, pero me voy á tirar de ellos, voy á arrancármelos todos, y es la única manera de que mi amigo el alcalde republicano no diga que tengo pelo de tonto cuando vuelva al distrito.

¡Con que otro desaire, otro mico, otro fiasco, y aun vivo yo, y aun viven los demócratas!

Pueblo español, comprendo tu sensatez, comprendo que la corona de España no te importa un pito, puesto que estas cosas no te llegan á ningun sitio del cuerpo.

¡Oh Dios de todos los ministros! En mi calidad de diputado de la mayoría tenia yo derecho á cierta dosis de candidez, pero lo que me pasa es demasinado.

Comprendo que los diputados, que el pueblo, que las silbas á Ruiz Zorrilla trajesen el fracaso de la candidatura genovesa; al ménos esto seria honroso, y solo sufriría el amor propio del gobierno. Siempre se diria: «¡No han querido los españoles!» ¡Pero presentar esa candidatura y no contar con la huéspedal! ¡No contar siquiera con la madre de la criatura! ¡Exponernos á otro mico!

Y esto, despues del chasco que nos dió D. Fernando. Francamente, no tenemos derecho á seguir go-

bernando, no lo tenemos; yo he sido siempre un hombre honrado y no quiero dejar de serlo. Yo hubiera votado á Espartero, esto era lo único digno de un partido popular, dada la imposibilidad de tener candidato de sangre. Se empeñan en no votar á Espartero y me voy á mi casa. Lo que es el tercer mico no se lo dan al hijo de mi madre. Se acabaron las farsas: me declaro republicano.

—¡José!

—Señorito.

—Vé á suscribirme á Gil Blas y me reiré de mí mismo.

Un diputado radical.»

Por la copia,

Luis Rivera.

REMORDIMIENTOS.

«No puedo más. Si hasta ahora la pasion política pudo ahogar en mí la voz de la conciencia, ya abrumado por el peso del remordimiento cedo y me rindo, pidiendo en altas voces perdon de los culpables extravíos con que perturbé la paz de los hogares, el reposo de las oficinas, la felicidad de la patria.»

Así habló el partido republicano por los órganos de todas sus fracciones y tendencias al recibirse el telegrama en que se declaraba cómo el duque de Génova no puede ser rey de España, por no ser del gusto de su mamá, su padraastro y su tío.

¡Qué leccion para los partidos exagerados de lo porvenir!

Quince meses ha estado la revolucion monárquica sufriendo con resignacion cristiana los obstáculos que á su majestuosa marcha ha estado levantando el republicanismo en prematura hora nacido.

Grave, severo, imperturbable, seguro de que providencialmente habia de llegar á la posesion de sus altos destinos, ha ido de uno en otro príncipe marcádoles con boyas el derrotero, encendiéndoles faros, echádoles cables, y cuando cada candidato ha estado á punto de poner el pié en las lanchas de salvamento, una tormenta republicana, hinchando las aguas y desencadenando los vientos, ha puesto la candidatura hecha una sopa.

Los candidatos que se estiman en algo no se presentan en parte alguna con los papeles mojados; harto lo sabia el partido que ni siquiera ha tenido la cortesia de esperar á que hubiesen reinado un par de generaciones más de Fernandos é Isabelas para salir á la vida pública.

Al fin parece que se siente tocado en el corazon, y promete de todas veras no oponerse en lo sucesivo al éxito de ningun candidato.—Ya era tiempo.

Ahora, si se ofrece otra vez la corona al rey viudo de Portugal, el partido republicano ya no inspirará á ese príncipe ninguna de las ideas que le han movido á rechazarle, ni al pueblo lusitano la repugnancia que le hemos hecho sentir á alterar su modo de ser para no salir al fin y al cabo de la monarquía.

Si se trata de convidar á un alemán para que se sirva reinarnos, ya los republicanos no le crearemos repugnancia de raza, de costumbres, de historia ni de idioma.

Dirjase si se quiere una atenta solicitud al mismo sultan de Turquía para que tenga la dignacion de llegarse á percibir la lista civil que el pueblo español ansia pagar, y conozcamos que nuestro deber será no crearle las dificultades con que hasta ahora hemos entorpecido las demás soluciones.

No: la felicidad de la patria es lo primero, y avergonzados del daño que hemos hecho, lavaremos nuestras faltas creando periódicos sin más objeto que ensalzar al príncipe que se nos proponga.

Ni repugnancias inveteradas, ni incompatibilidades de aquellas que hasta hoy día invocamos en nombre de la revolucion misma, nos han de servir de pretexto para retardar el anhelado momento de constituirnos.

Si..., lo que es absurdo, pero no importa; si el duque de Montpensier mismo volviese á andar en lenguas para rey de los españoles, no seriamos nosotros los que dijésemos que era Borbon y padre de Borbones, y antipático á los derechos individuales.

Nos callariamos, porque ese es nuestro deber, y porque no se repitiese el espectáculo de los estragos que con nuestra torpeza, nuestras intrigas y nuestra serpentina malignidad hemos causado.

Libre tienen el camino los monárquicos. Nosotros... vamos á llorar.

Roberto Robert.

MUCHAS VERDADES EN TRES SONETOS.

I.

Fuimos á Portugal por un monarca y no encontramos ni siquiera medio; luego pusimos á la Italia asedio, mas de Génova el duque no se embarca.

Por esos pueblos que la Europa abarca fuimos buscando á nuestro mal remedio, y no hay un rey, á quien devore el tedio, que quiera naufragar en esta charca.

Sigue el gobierno en su fatal manía, y no hallando monarca que la aguante tiemblo por la futura monarquía.

Solo un Borbon nos acaricia amante... ¿Estarás condenada, patria mia, á Borbon por detrás y por delante?

II.

¿Con que llegó á Madrid don Salustiano, y habló con Prim y visitó al regente, y en la Tertulia se mostró elocuente, y á más de un necio le apretó la mano?

¿Con que habló de buscar un soberano? ¿Con que se muestra partidario ardiente de la conciliacion? ¿Con que presiente que este belén se arreglará temprano?

No seré yo quien maté la creencia del progresista, de meollo huero, que se deje arrastrar por su Excelencia.

Pero dirá conmigo el pueblo ibero, que á la postre de tanta conferencia no hay paz, ni rey, ni gloria, ni dinero.

III.

La libertad de imprenta se pregona, y un artículo rojo causa espanto; ofrece un general al camposanto llevarme si su tropa me aprisiona.

Silban á Ruiz Zorrilla en Barcelona; se dan fajas y cruces por encanto; se come y brinda por la patria en tanto que desprecia un macaco la corona.

Ya la raza cayó de los Borbones y España logra el señalado puesto que la pone al nivel de otras naciones.

Un código inmortal se da por texto el pueblo rey... pero á tres mil millones asciende todavía el presupuesto!

Luis Rivera.

LOS CIMBRIOS DIMISIONARIOS.

Si se pusiera á diez reales, ó á veinte reales la entrada; si se pusiera á cuarenta, yo visitaría de buena gana el interior de uno de los cimbrios dimisionarios.

Me gustaria mucho visitar sus enseñadas intelectuales; las elevadas crestas de sus pensamientos, cubiertas de nieve, los grandes emporios de inexperiencias; remontaría el curso de sus esperanzas políticas, de origen semejante al del Nilo; admiraría en ellos aquellas impenetrables selvas de cálculos en cuyo seno dicen que no ha penetrado el sol, y en las apacibles horas de la cesantía me sería grato contemplarles, considerando que bajo aquel reposo aparente germinaban las raíces gigantescas de sus ideas y las preciosas piedras en las entrañas de las minas de la popularidad.

Yo soy hombre de inclinaciones y hábitos sedentarios; jamás tuve afición á viajar; pero desde que los cimbrios emprendieron su caminata al país de las monarquías, me interesa todo lo que á ellos se refiera, y quisiera conocer perfectamente su historia, sus condiciones geográficas, sus armas, religion, costumbres, todo.

Ya que eso no sea tan fácil como ir á Getafe, quisiera que á lo ménos alguno de ellos publicase sus Memorias, sus sensaciones, en un librito, que podría ser bueno y titularse: *El cimbrio por de dentro, ó sea Treinta días en el Sinaí ministerial.*

De ese libro se podrían suprimir las credenciales y algunas pequeñeces cuyo volumen no corresponde del todo á su importancia; pero no lo sustancial, lo permanente, que con un buen método y cierta discrecion, que no les falta, podría reducirse á pocas é instructivas páginas.

El capítulo que se titulase *Nuestro silencio* sería tan curioso y atractivo que no habria más que pedirle. No solo se compondría del discurso del señor Ruiz Zorrilla defendiendo al coronel Terrones, y de los discursos del Sr. Sagasta en favor de los atropellos á la Constitucion, sino que encerraría todo lo contenido en la prensa periódica cimbria; todas sus protestas en favor de los derechos individuales, todas sus manifestaciones relativas á los candidatos al trono, y otro gran número de documentos no ménos interesantes.

Además, el capítulo de las causas de la dimision, que podría titularse *Siniestro y fuerza mayor*, habria de contener una lectura tan amena y entretenida como sabrosa y suculenta.

Yo quisiera, mientras llega ese caso, poderme formar una idea siquiera aproximada del cimbrio durante esta crisis, en lo cual tendria la prueba de que mi imaginacion era digna del sol, que ha hecho tantos esfuerzos por fecundármela.

¿Qué opinará el cimbrio dimisionario acerca de la nueva conciliacion?

¿Qué medios creará mejores para excitar por igual en los conciliados simpatías en favor de distintos candidatos?

¿A qué época opina que volverá á ser llamado?

Las tres ó trescientas respuestas que todo cimbrio debe de tener á estas horas para corresponder á las anteriores preguntas, serian para mi pobre inteligencia todo un caudal de conocimientos.

¡Oh! yo quiero á lo ménos oír hablar á un cimbrio; quiero verle siquiera por fuera y someramente. No se repiten con frecuencia en la historia esos tipos y esos momentos supremos del tipo.

¿Dónde habrá cimbrios á estas horas? Me lanzo á la calle á la ventura. ¿Quiero ver uno!

Roberto Robert.

SILBA

Á LA VALENCIANA Y Á LA BARCELONESA.

¡Hola, don Salustiano!

¡Apreciable señor, venga esa mano!

Dígame si es de veras

que á todas las naciones extranjeras

pidiendo fué, de nuestro bien en pos,

«¡un soberano por amor de Dios!»

¿Con que usted ha venido

á hacer nuestra ventura decidido?

Mas ¡qué veol en el arca

no trae ningun monarca

y urge en la patria mia

de nuevo entronizar la monarquía;

¡que en la patria inmortal de D. Quijote

nos hace mucha falta un monigote!

Pueblo murmurador... ¿con que á ese chico

dices que en Portugal le dieron mico?

Vamos, eso lo dice

quien fué el domingo 26 á Price, y oyó á gentes asaz estrafalarias doctrinas incendiarias. Estos republicanos federales producen hasta fiebres catarrales.

Al salir de Paris ese señor habló al emperador; tuvo tal conferencia... que pretende clavarlos la regencia.

Cuando días atrás Olózaga pidió más sueldo, más, yo me dije á mí mismo:

«será por patriotismo; pues cuanto más se gaste en aquel suelo más pronto un amo morderá el anzuelo.» ¡Oh génio bienhechor!—Si tú antes llegas, comes ostras gallegas en casa del alcalde...

—¿El cimbrio?

—El mismo,

y en union del sensato periodismo; ostras con que les quiso agasajar la esposa del ministro de Ultramar.

Perdiste la ocasion; pero aunque debes maldecir á las nieves...

chico, á la postre ejercitaste el diente en el banquete que ofreció el regente á varios diputados... liberales, de la union, del progreso y radicales.

¡Cómo gozan llenándose el abdómen, por lo mismo que hay tantos que no comen!

¡Salustiano... á vivir! Mueve resortes, sube á la presidencia de las Córtes para que á España el porvenir le traces; mas mira lo que haces

á fuer de matemático...

¡Guay de tí, sabihondo diplomático,

si interrumpes tu marcha

otra cosa más mala que la escarcha!

LOS SELLOS... SIN MANCHA DE ARTE.

¡Ah, por fin!

Por fin hemos variado los sellos de correos.

Ya no paseamos el busto de la gorda doña Isabel, ya es otro busto, ¡y qué busto!

Mírelo Vd., caballero español, mírelo Vd. por arriba y por abajo, examínelo atentamente.

Es una cabeza de mujer con una corona mural, y una estrellita encima.

¿Usted no sabe lo que quiere decir eso?

Pues es la cabeza.

Basta. Sepa Vd. que aquello es la cabeza.

¿Que dónde tenia la suya el que inventó eso?

En España, solo aquí se premian y se protegen esos inventos y esas cabezas.

Hablemos formalmente.

Como español, tengo mi parte de vergüenza en todo lo que se refiere al país.

Como periodista, tengo derecho á que no se me ridiculice por medio del arte, habiendo en España artistas capaces de darme gloria.

¿Quién ha hecho esos sellos; quién ha tenido la ocurrencia de inventar esa cabeza, que nadie sabe á qué cuerpo pertenece?

Necesito su nombre.

Lo necesito para silbarlo.

Es lo ménos que puedo hacer.

Si el disgusto que me causa se lo causara al general Prim, ya estaria en la cárcel.

Por ménos motivo ha llevado á muchos republicanos.

Y es que tiene salero ese busto.

Es que vale mucho ménos que el anterior.

Ponga Vd. delante un sello de doña Isabel y otro sello de los nuevos, y notará Vd. la diferencia.

No es esa la cara de la libertad.

No la conciben así los españoles.

¡Cómo! ¿La cabeza de la libertad es más prosáica, más amonongada que la de la Borbona?

Decid que es la cabeza del presupuesto, cabeza que lo llena todo, y lo acertareis.

Enhorabuena que comais á dos carrillos, pero no nos pongais una cara de pan en los sellos de franqueo.

—¿Qué sencillez! me decía uno, con la misma cabecita tiene Vd. sellos para franqueo y telégrafo.

—Si señor, la misma sencillez que ve Vd. en verano en el rio Manzanares. Un hoyo y una estera constituyen toda clase de baños. Es la sencillez de los primitivos tiempos.

Lo natural sería, cuando el sello ha representado siempre la efigie del rey, hoy que no hay ocasion de efigie, que se hubiera recurrido pura y simplemente al escudo de armas.

Reemplazar el busto de una persona por el busto de una alegoría, es exponerse á lo que está sucediendo, á diálogos por el estilo:

—Calle, este no es el busto de doña Isabel; ¿pues de quién es?

—Será el de la regenta.

—No, que la regenta es delgadita y bonita.

DESPUES DEL SEGUNDO MICO.



—¿Vienes á dar una vuelta?
 —Para vueltas estoy yo... ¡como no sea alrededor de una noria!
 —¡Pobrecita! ¡No encuentra quien la quiera!

—Será la reina que ha de venir.
 —Yo creo más bien que es el retrato de la mujer del grabador.
 —¿Hablaban Vds. de los sellos? dice uno acercándose; me acaba de asegurar el estanquero, en confianza, que es la cara de la libertad.
 —Me alegro saberlo. Tengo encargo de enviar á Rusia unos cuantos para un coleccionador, y así podré explicárselos. Deme Vd. una pluma, ajá; ahora pongamos debajo del sello:

¡La cabeza de la libertad!

De este modo es fácil que lo entienda el ruso, no fuera á creer que era la cabeza del niño Jesús, ahora que acaba de nacer.

Lo tengo delante, lo vuelvo á mirar, y no ceso de embriagarme en el buen gusto que revela.
 Sello de mis pecados, acércate.
 ¡Un año deseándote! Un año has tardado en aparecer. Si te retrasas más, nos rebientas.
 Hé aquí la verdadera ocasión de lucirse un ministro de Hacienda.
 Si yo estuviera en su lugar, mañana apareceria en la *Gaceta* el siguiente decreto:
 «Vengo en dejar cesante al señor director de Estancadas por haber presentado los detestables sellos de comunicaciones, que nos ponen en ridículo á los ojos de los extranjeros, y que con decir que son peores que los antiguos, queda hecha su cesantía.»
 Temo que el ministro se ría de mis escrúpulos.
 Y es claro, un gobierno que asciende al que ase-

sina á nueve individuos en Cataluña, lo natural es que al patrocinador de unos sellos como estos lo haga cuando menos director de la Academia.
 Pero no lo hará... porque ganaría menos sueldo.
 El arte, hoy día, está representado por la nómina.
 La cabeza de la libertad es la cabeza de la situación.

¡Isabel II, estás vengada!

TROPPMANN.

Lo he visto ayer. Mis lectores han de agradecerme que les cuente algo de este célebre personaje.
 Es un muchacho. Sabido es que solo tiene veinte años.
 Es feo. Algunas mujeres aseguran que es guapo, pero esto solo significa que en París se ama siempre lo extraordinario.
 Un frenólogo diría en cuanto viera á este jóven: —Es un estúpido.
 En efecto; aquella frente recta, que forma casi una sola línea con la nariz, y aquel labio inferior grueso y un si es no es caído, anuncian carencia absoluta de inteligencia.
 Sin embargo, Troppmann ha empleado todos los recursos de un hombre ingenioso para confundir á sus jueces. Si la enormidad de su crimen no fuera bastante para condenarle... ¿quién sabe si la justicia hubiera sido menos implacable?
 Todo el mundo asegura que Troppmann es de un

carácter odioso. Y al mismo tiempo se sabe que antes del crimen de Pantin, Troppmann habia sido siempre un excelente obrero y una persona de buena conducta.

Lo que distingue á Troppmann es la serenidad. En este punto hay pocos ejemplos de una tranquilidad tan grande.

Ayer era el tercer día de la vista pública. El salón estaba hirviendo de gente. Los expendedores que vendian asientos hicieron una fortuna. Espectador hubo que ofreció mil francos por uno, y se quedó sin él. Gran concurrencia. Gran silencio. Se esperaba el momento de la presentación del acusado.

Se me habia facilitado el billete de un periódico, y mi situación era excelente para poder ver á Troppmann á mis anchas. Mi sitio estaba enfrente de la puerta por donde el acusado debia entrar.

Se presentó entre dos gendarmes, y se oyó un ¡ahhh! general. Una exclamacion sorda, una especie de *ahí está*, en el que iba expresado el espanto. Si se hubiera presentado un leon, el público hubiera hecho lo mismo.

Troppmann llegó hasta el banquillo y paseó una mirada por el auditorio, adelantando el labio inferior como cuando se desprecia una cosa.

Sus respuestas, suelen ser breves. Contesta siempre con insolencia. A veces se permite bromas groseras, y háy que llamarle al órden.

De cuando en cuando, algun espectador, sin poderse contener, grita:—¡Muerá!
 Y los soldados imponen silencio.

El juez insiste en exigirle los nombres de sus cómplices. El acusado insiste en ocultarlos.

Aquí se presenta una duda. Si realmente hay cómplices, y todo hace suponer que Troppmann va á ser condenado á la última pena, ¿cómo se debe juzgar á este hombre, que prefiere morir á declarar algo que pudiera librarle de la muerte?

Considerado así, Troppmann es todo un carácter. Pero todo hace suponer que tales cómplices no existen.

El acusado se entretiene en mirar al público, cerrando un poco los ojos como un miope, lo cual da siempre á la fisonomía cierto aire insolente.

El juez sigue preguntándole. Una vez Troppmann, ocupado en mirar, no responde. El juez repite la pregunta.

—¿Ah, qué? ¿Decía Vd. algo? pregunta el acusado con la mayor naturalidad.

El público protesta con murmullos amenazadores. En una tribuna, una mujer elegante apunta con un revólver al acusado. Momentos de confusión. El acusado sonríe.

El acto solemne toca á su fin. Llega el momento tan esperado. El tribunal da su fallo. ¡Condenado á muerte!

Al oír esta frase, la fisonomía del acusado no anuncia la menor impresión. La sonrisa no ha desaparecido de sus labios. Una parte del público aplaude al oír «condenado á muerte»; entonces Troppmann se vuelve hácia donde suenan los aplausos, y con una sonrisa entre irónica y burlona, saluda á los espectadores.

Se adivinaba en su rostro que quería decir:—Muchas gracias. Sois muy generosos.

Pocos momentos después el acusado vuelve á su prision; los jueces se levantan y el público sale desbordado.

¿Qué especie de hombre es este? nos preguntamos todos. ¿Qué hay en él que así sorprende? ¿Es el cinismo? ¿Es el valor? ¿Es el desprecio á la vida? ¿Es la indiferencia? ¿Qué es?

Y nadie sabe darse cuenta de las impresiones recibidas.

La opinion está dividida. Las apreciaciones son muy diferentes.

En general se cree que Troppmann aspira desde niño á la celebridad; que la lectura de novelas ha extraviado su imaginación, y que no perdona medio de dejar triste recuerdo suyo.

Por otra parte, se sabe que Troppmann ha sido siempre muy amante de su familia y ha deseado procurar dinero y comodidades á sus padres. La desaparición del padre de Troppmann y la obstinación de éste en negar los nombres de sus cómplices (suponiendo que los tenga), hace suponer á mucha gente que el acusado obedeció á sugerencias de seres queridos.

La ambición y el amor al oro, dicen otros. Hé aquí las dos únicas causas del crimen. En efecto, Troppmann ha deseado siempre salir de pobre.

La frenología no da más que esta razón. Tiene una cabeza de asesino.

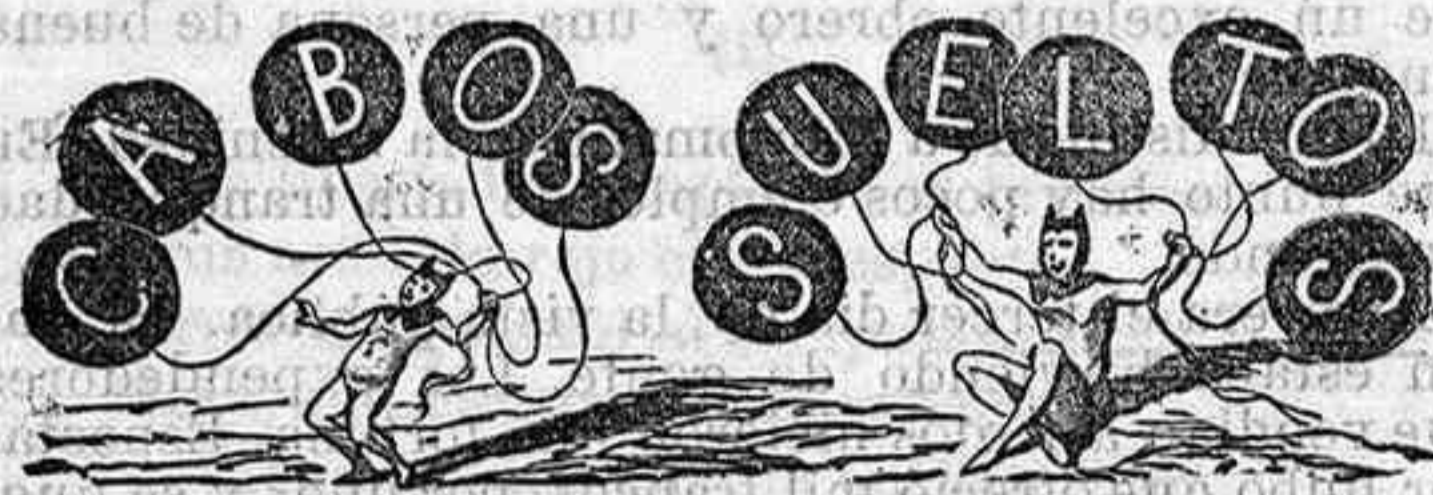
Por último, los abogados y la gente benévola apelan á la razón que hace algunos años suele darse á todas estas cosas. Dicen que Troppmann está loco.

Cuando su hermano le insulta y le maldice y le habla de su madre deshonrada y cubierta de vergüenza, Troppmann se entristece; y cuando está solo con dos ó tres presos en la Conserjería, se complace en contar que los cadáveres de la madre y los niños fueron pateados en la fosa hasta hacer una pasta con ellos.

En una palabra, sucede con Troppmann una cosa de la que hay contados ejemplos.

Dentro de muy poco va á morir, juzgado y sentenciado, y este hombre es todavía un misterio.

Eusebio Blasco.



La Iberia recuerda (¡qué recuerdo, Leonor!) que el lunes hizo cuatro años de uno de los levantamientos del general Prim, el cual, con dos regimientos, gritó viva la libertad, y habiendo olvidado de añadir abajo los Borbones y vivan los derechos individuales, tuvo que refugiarse en Portugal.

Si el Sr. Paul y Angulo publicase una carta diciendo que la redacción de *La Iberia* y el Sr. Sagasta se habían comprometido á secundar un movimiento montpensierista, ¿qué dirían los redactores de *La Iberia* y el Sr. Sagasta?

Dirían al Sr. Paul y Angulo:

—Menos palabras: vengan pruebas.
—Pues eso mismo dicen muchos diputados republicanos al Sr. Paul y Angulo, y á los redactores de *La Iberia* y al Sr. Sagasta.

Lo siento por Villergas. Le tenia cariño por su talento y su gracia. Me era simpático por republicano.

Hoy parece que ya no es republicano ni cosa que lo valga.

Enhorabuena; pero que venga ahora á defender lo mismo que con tan duras palabras combatía el año pasado, me parece algo fuerte.

¿Quién no recuerda aquellos artículos y aquellas caricaturas á Montpensier y á los Borbones publicados en *El Jeremías*, periódico de Villergas?

¡Hasta un día salió con tinta roja, diciendo que era de vergüenza porque se pensaba en traer un rey borbónico!

¿Se acuerdan Vds.?

Pues ya no solo trata con cariño á los reyes, sino que se declara partidario del *Puigmoltejo*. Oiganlo ustedes.

«*El príncipe Alfonso, joven español, castigado por las faltas de su madre, no puede merecer el odio de ningún grupo político, y como último vástago de una dinastía secular, á cuya sombra se han creado casi indestructibles intereses, siempre me pareció, y sigo en mi tema, que de restablecerse el trono derribado en setiembre, sería él, á la corta ó á la larga, el candidato de más probabilidades de triunfo.*»

Esto escribe Villergas en *El Moro Muza*, periódico que publica en la Habana.

¡Villergas, por Dios!

¡Ah! si hay para tí un Dios, ese Dios te ha dejado de su mano.

Pero tranquilízate, para los apóstatas no hay Dios.

Los unionistas no deben entrar en el ministerio sino con su Montpensier á la cabeza.

Los radicales deben votar en contra de Montpensier, como los unionistas hicieron con el de Génova. Y nosotros debemos echar á la calle á unos y á otros.

Esto podría ser el capítulo primero de una obra titulada:

Lo que debe hacer cada cual.

Otro banquete dado por el Sr. Rivero á los concejales.

No se dice si hubo ostras gallegas.

Pero hubo también brindis, y *El Puente de Alcolea*, que se pinta solo para estas cosas, nos pondera mucho la comida, y añade:

«Creían todos que era de Lhardy; pues no señor, era de Santiago, el antiguo colmado de la calle de Sevilla.»

Una hija de este Santiago es la mujer de un concejal.

El bombo de *El Puente de Alcolea* merece unas ostras de parte de Santiago.

¿No tiene Santiago ostras?

Pues que se las pida prestadas á la señora de Becerra.

Sr. Ruiz Zorrilla, ha dado Vd. pruebas de muy poco perspicaz.

Debia Vd. conocer que una ciudad, bombardeada há poco por el gobierno, estaria deseando aprovechar la ocasion de manifestar á ese gobierno que no le petá.

Esto lo conoce cualquiera.

Se esperaba á Montpensier en Madrid, y salió *La Correspondencia* diciendo que estaba en Sevilla con fiebre.

La fiebre del trono.

La mayor parte de los periódicos genovistas dicen ahora que apoyaron esa candidatura, porque era la de la mayoría de la Asamblea.

Una preguntita:

Si la de Montpensier fuera algun dia la candidatura del gobierno, y por lo tanto de la mayoría, ¿le apoyarían también?

—¿Qué significaría el triunfo de Montpensier?
—El triunfo de *La Correspondencia*.
—No merecen otra cosa los españoles.

Parece que Montpensier ha suspendido su viaje á Alhama de Aragon pasando por Madrid.

Es tanta la popularidad de los candidatos al trono, que no podrán viajar por España sino después de ceñirse la corona.

Y con estos candidatos funde Vd. una monarquía liberal.

La monarquía liberal significa libertad de manifestación.

Y donde quiera que se presente el rey habrá desazon.

¿Con qué gusto verá el rey esa desazon?
—O acabará la monarquía liberal, ó acabará el rey.

¿No dije yo que el Sr. Olózaga no venia para conciliar su partido?

Apenas la Tertulia progresista se muestra favorecedora de la candidatura de Espartero, va el señor Olózaga á la Tertulia y se declara partidario de Génova.

¡Si no podia ser menos!

Leyendo un periódico del dia 2:

«En la comida que el Sr. Rivero dió anteayer...»
«El banquete con que el regente obsequió anoche á las Córtes...»

«Esta noche da una comida el embajador de Bélgica...»

«Ayer se reunieron en la fonda Española los oficiales del batallon primero de voluntarios...»

La facilidad con que se recogen esas noticias nos hace desear que se publique una lista mensual de los españoles que se quedaron sin comer.

La comision republicana sigue repartiendo socorros á sus amigos que dentro y fuera de España padecen necesidades.

Y como sabemos que los desgraciados son muchos, y que la comision aceptaria gustosa los donativos de los que quisieran auxiliar al partido en esta buena obra, lo hacemos presente á los que pueden, y sobre todo á los que dicen que cuando se trata de favorecer al prójimo no reparan en partidos ni opiniones.

Da cuenta un colega de que los republicanos mallagueños han celebrado una manifestacion conmemorando en el cementerio á las víctimas de nuestro partido, pero hace notar que no por eso se alteró el orden.

A fuer de cortesés y leales, agradecemos al colega la forma de su noticia, y nos apresuramos á corresponderle.

El domingo último se celebró Consejo de ministros; pero no por eso se alteró en Madrid el orden.

Como circunstancia notable, hace observar *La Correspondencia* que en el último convite del señor Rivero todos los concejales brindaron por la conciliación de la revolucion con los unionistas; el unionista Sr. Alvareda brindó por los elementos conservadores de la revolucion, y el Sr. Becerra brindó diciendo que conservadores de la revolucion debían ser todos los elementos que á ella habian contribuido.

Ya lo veis: esto es lo que se llama hablar, y bien dice el adagio, que brindando se entiende la gente.

Fíese Vd. de la candidez del pueblo.

Antes, en las funciones que echaba el gobierno, siempre hacia el pueblo el papel de *alabarero*, aplaudiendo con frenesí cuanto esperpento se ponía en escena.

Pero andando el tiempo ha aprendido á silbar las malas obras.

Digalo si no el ministro de Gracia y Justicia.

PASATIEMPO.

Solución á la Charada del número anterior: Conejo.

CHARADA.

Están mi *prima* y mi *tercia* del pordiosero en el traje, y mi *tercia* y mi *primera* es un bicho, un bicho grande: divierte, asusta, trabaja, ¡y siempre nos da su carne!
Mi *segunda* con mi *prima* es una planta salvaje que no falta en los banquetes, de efectos medicinales.

Mi *todo* es el nombre propio de un infernal personaje, y de un diputado á Córtes dueño... de unos cachivaches.

(La solución en el número próximo.)

ALMANAQUE

DE

GIL BLAS,

PARA 1870.

Se halla de venta al precio de 4 reales.
Se regala á todo el que se suscriba, siempre que lo haga por 3 meses lo menos.

MADRID: 1870.

IMPRENTA DE R. LABAJOS CALLE DE LA CABEZA, 27.